



Paula Gutiérrez Martínez

Relato desde un cuerpo. Con-jugando relatos

*Otredad espejo, otredad juego de reflejos,
de lentes, de imágenes matizadas al contacto
Soledad mentirosa de un mí misma habitado(a) por
tantos otros, moldeado por tantas manos, por tantos ojos.
Jugar a tenerme, a con-tenerme. Jugar a ser, a
mezclarme, a perderme, a fundirme, a con-fundirme.
Duelos de amor y muerte que no terminan, ausencias
que permiten mentirme e inventarme.*

*Cuerpo habitado por los ritmos que retumban en
los espacios con los que va topándose en cada época,
que va inventándose en los escenarios de lo cotidiano,
escenarios que pegan en la piel y después del impacto se
cuelan por las venas, moldeando el sentir, la carne,
la emoción. Espacios que habitándolos nos acontecen,
espacios que convertimos y nos convierten en escenarios y
territorios, que delinear el curso vital que la memoria
guarda y reinventa en el acto del recuerdo*



*Niña contemplada y contempladora que se construyó
pasando de brazo en brazo, de beso en beso, de calor en
calor. Niña que recorrió recuerdos ajenos e inventó
fantasías rodeada por tías brujas que cosían disfraces,
por abuelos muertos y vivos que espichaban cuando
abrazaban, por primas que le tomaban fotos y un primo
que desafió la vida muriéndose; por hermanas mayores
siempre avispadas y risueñas que abrían y mostraban*



posibles caminos, por una nana que recibía con plátano dulce y sorbete de banano a la llegada del colegio; por una madre que regalaba cuentos latinoamericanos, muñecas de trapo y nunca una barbie, una madre que le enseñó que al caer se alzan las mejores alas; por un padre que cobijaba sin asfixiar y hacía desayuno a la carta para sus cuatro mujeres, por un padre que le enseñó que la montaña se cabalga con firmeza.



Andar de la infancia montada en Platero, en los pinos, en los columpios de llanta y en la arenera. Niñita que en la escuela sólo encontró mimos y amores, encontró profesoras y profesores que la invitaron a la lectura y la mantuvieron impávida mientras escuchaba "El paquete parlante", "Mi planta de naranja lima", "Los amigos del hombre", "Dalia y Zazir" y, por supuesto, "La Historia sin fin".

Cuerpo que en su curso vital ha ido encontrando las dimensiones del mundo cada vez mayores, que de la cuadra saltó al barrio y del barrio a fragmentos de una ciudad. Cuerpo que dejó de usar patines y aprendió a bailar con 4:40 y a vestirse de otros colores. Cuerpo que de un momento a otro dejó de ser apéndice de una madre y empezó a coger buseta, a tener el pelo largo, a no ir a la finca, a no tener mamilis en las excursiones al páramo, a tomarse de la mano con uno que otro hombre, a besarlo, a apostarle ciega y sonriente al juego del enamoramiento.



Cuerpo que se encontró desnudo, confrontado, cuestionado, que se emborrachó y lloró con las amigas, que cantó y tejió durante el bachillerato, que nunca entró al maravilloso mundo de las matemáticas y que terminó





cantando "no es más que un hasta luego/ no es más que un breve adiós..." alrededor de una fogata con las manos entrelazadas y la emoción saliéndose en lágrimas.

Cuerpo que se dejó atravesar por la conciencia de otredad y la mirada encantada y encantadora de la Antropología, casi sin darse cuenta, que compartió y aprendió con un ángel milenario la importancia de la culinaria, del reconocimiento de la diversidad en el entorno, del culto al cuerpo, de sentir la magia cotidiana.

Cuerpo que se impactó con nuevos escenarios, que se exploró mirando el mundo a través de otro infinito que le permitió sus ojos y su mirada, que se topó de repente con la porción de muerte que rodea al acto amoroso, que amó con cada poro, con cada víscera, con cada órgano.



Cuerpo que se fue para Armenia y recorrió el Quindío al lado de otras gentes, y se nutrió con sus cielos de seis de la tarde y encontró que la soledad es anaranjada, encontró lugares donde se removi6 con movimiento de tierra, de río, de planta y de viento.

Cuerpo presente que abraza al mundo y va diluyéndose en él, escenarios que envuelven y se posan en la memoria que se inscribe en la piel. Acumulado de instantes que delinean las facciones, los gestos, las palabras, los silencios. Silencios que gritan lo que la palabra calla, silencios evidentes y camuflados entre las líneas y los signos de las grafías que relatan el devenir del tiempo.

Cuerpo entero que recibe las formas y los colores que los ojos recorren, los sonidos que a veces son música, los contactos de la piel, los olores, los sabores, y los





aglutina en el ombligo. Ombligo, puerta que absorbe el mundo y le permite entrar a circular por las venas de la mano de la sangre. Ombligo, conexión al útero que palpita y se desgarran, que muere dolorosamente en los actos de fertilidad, y siempre renace.

Cuerpo hogar, cuerpo montaña, cuerpo volcán, cuerpo ciudad, cuerpo territorio que se nutre de sentido en el encuentro con lo otro. Cuerpo que se mezcla y mimetiza desdibujando los límites, dejándose acontecer por el entorno, enamorándose de él.

Cuerpo terco que a veces inventa corazas y se viste hermético, que taponan las manos con guantes quirúrgicos donde rebota la vida. Cuerpo-historia que se ata en el ejercicio religante, que se narra a sí mismo en el acto religioso de miradas punzantes, bondas y calladas. ♦



* Imágenes: Silvia Castro